

ESPACIO LITÚRGICO Y EXPERIENCIA HUMANA

Espace liturgique et expérience humaine, La Maison-Dieu 197 (1994) 39-61

Al oír la palabra-clave "espacio litúrgico", cabría esperar ante todo una definición teológica. Sin embargo, será la noción de "experiencia humana" del espacio la que dominará en lo que sigue. Pues, en vez de proceder "desde arriba", desarrollando el "principio teológico del espacio litúrgico", querría aquí hacer mi camino "partiendo de abajo".

I. ESPACIO MULTIFUNCIONAL: UN PARADIGMA DE REFORMA TEOLÓGICA

En la década de los 60 se debatió sobre los llamados "espacios multifuncionales". Empezaremos por ahí confrontando las razones que originaron la propagación de tales espacios con las reacciones de las comunidades afectadas. La divergencia es notable y permite sacar conclusiones sobre el modo como los hombres viven el espacio.

El contexto eclesial

Cuando en los años 60 se sustituyeron las iglesias concebidas sólo para la celebración del culto por edificios multifuncionales, no era sólo para responder a consideraciones de orden práctico y económico. Previamente al punto de vista teológico sobre el tema, se discutía sobre la desmitologización de los textos bíblicos, sobre la tesis positivista de Gogarten a propósito de la secularización, sobre las iniciativas respecto a una reforma de la Iglesia, sobre "las nuevas formas del culto". Hasta aquel momento la arquitectura sagrada había estado dominada por fuerzas muy marcadas litúrgicamente. Luego la arquitectura de las iglesias experimentó el impulso de las motivaciones de las reformas a las que las manifestaciones estudiantiles del 68 habían dado un nuevo impulso. Paralelamente al desarrollo de las ciudades satélite, de parte de la Iglesia hubo la posibilidad de dar una expresión visible a las nuevas ideas creando estos nuevos centros parroquiales. El "centro comunitario abierto" para diversas manifestaciones fue el paradigma de una nueva reforma.

La eliminación del "miedo a franquear el umbral" formaba parte del programa. Y por esto se insistía en el carácter de "hogar" que poseía la iglesia y que invitaba a entrar. Esto y el hecho de que diferentes espacios eran disponibles para las múltiples formas de comunicación e iniciativas locales (asociación de ciudadanos, grupos de danza, partidos políticos) implicaba la renuncia a la imagen de iglesia tradicional. La renuncia a la afirmación de sí fue justificada teológicamente por "una Iglesia para los otros", en el sentido de Bonhoeffer. El espacio litúrgico no debía ya ser un lugar sagrado, sino un espacio que había de servir a otras funciones, además de la celebración del culto, y la colocación de las sillas y de los elementos cúltricos principales (altar, púlpito, baptisterio) no debía ser fijo. El centro comunitario debía estar marcado por la celebración del culto dominical y también por las múltiples maneras de "comunicar el Evangelio".

La argumentación teológica

Lo que era estimulante a este propósito era la argumentación teológica explícita. Así, el espacio multifuncional debía ser casi rectangular, sin cruz ni obras de arte ni vidrieras, con un mobiliario y elementos cúltricos principales, móviles. Teóricamente, se trataba de prescindir del espacio litúrgico tradicional, desarrollado a lo largo de la historia, por considerar que planteaba muchos problemas desde el punto de vista teológico.

A modo de ejemplo, resumo los argumentos de la sesión de arquitectura sagrada celebrada el 1965 en Bad Boll. No tiene fundamento el reproche de que esta discusión estuvo dominada por un pensamiento exteriormente funcional. Los argumentos del exegeta neotestamentario E. Schweizer y de W. Simpfendörfer son de naturaleza teológica. Se trata de reivindicar una "construcción provisional" como signo de que la comunidad cristiana estaba de paso en esta tierra. El término "culto" ocupaba el centro del debate. Schweizer demostró que en Rm 12,12 y 2 P 2,8-3,9 las expresiones "culto" y "realidad cotidiana" estaban estrechamente ligadas. Sobre la cuestión del espacio afirmó que en el NT nada es santo por oposición a un ámbito profano, o mejor, que todo es sagrado pues el mundo pertenece a Dios, y añadió que hay que evitar el malentendido de la idea de un témenos (recinto sagrado), aislado del resto del mundo, o de que un miembro de la comunidad sea más santo o más profano que los otros.

Simpfendörfer se remite al proceso de secularización y reclama una "secularización de la Iglesia". La separación entre el mundo y la Iglesia, lo profano y lo sagrado, ha de desaparecer. La concepción profana de la vida litúrgica abre una perspectiva nueva de la relación entre la misión de la comunidad y sus asambleas culturales.

La misión se comprende como "participación en la misión de Dios", como "presencia de servicio" (serving presence). La Iglesia ha de pensar partiendo del mundo, de los idiotés, o sea, de lo marginal. Aquí se sitúa el carácter "provisional" de la arquitectura de la iglesia. Según Simpfendörfer, de aquí se siguen las exigencias siguientes:

1. Una diversidad de posibilidades de reunión, según la diversidad de las situaciones de misión.
2. La caracterización de estas reuniones culturales se hace mediante un discurso y no por signos religiosos y culturales independientes del discurso.
3. Una reflexión sobre la "situación favorable" de los espacios eclesiales. Para nuestro autor, se trata de proximidad del mundo, de realidad profana, de servicio. Reclama una "Iglesia de servicio" en vez de una "Iglesia oficial y docente". Partiendo de las necesidades, habría que construir de manera que pueda servir a diferentes funciones.

La particularidad de Simpfendörfer consiste en que justifica teológicamente sus ideas mediante ampliación del término "culto". Mientras, con la cita de S. Pablo, amplía Schweizer la comprensión del culto, Simpfendörfer traduce la primera de las 95 tesis de Lutero: "Cuando nuestro Señor Jesucristo dice "haced penitencia" entiende que la vida de los creyentes es un culto cotidiano".

Las consecuencias arquitectónicas

Eberhard Weinbrenner, el arquitecto de Bad Boll, adoptó la idea de "provisionalidad" y desarrolló las "consecuencias arquitectónicas" para el espacio eclesiástico:

1. Un espacio de orientación multifuncional y de carácter festivo.
2. Un espacio suficientemente iluminado por la luz solar con la posibilidad de tamizar esta luz.
3. Sillas movibles, confortables, fáciles de cambiar de sitio.
4. Un púlpito que pueda ser desplazado y un altar transportable.
5. Algunas paredes claras, sin estructuras, para colgar imágenes.
6. Un espacio tan acogedor para los pequeños grupos como para las grandes asambleas, que ponga a la gente en relación pero garantizando su libertad.
7. Es condición fundamental la simplicidad de los materiales de construcción y la renuncia a los efectismos, como la iluminación teatral, garantizando al mismo tiempo la exigencia arquitectónica de más calidad.

La ampliación de la noción de culto está en el centro de las discusiones de Bad Boll. No se planteó la cuestión de saber qué es el culto, cuál es su historia, su esencia, sino que se puso todo el énfasis en las dimensiones de ética social de la noción de culto, interponiendo distancia con respecto a todo lo que pueda llevar el nombre de culto o sacralidad: "santificación del mundo", "misión". Como nos hallamos en la situación favorable de poder considerar las consecuencias de estas opciones teológicas en sus manifestaciones arquitectónicas, es fácil medir su grandeza y sus límites.

El punto de partida es una consideración socioética, que expresa la exigencia sobreentendida por la noción de culto y no lo que el culto es ante todo: un acontecimiento de gracia. El término culto se amplía hacia el mundo sin perder su profundidad.

II. EL CENTRO MULTIFUNCIONAL EN LA OPOSICIÓN ENTRE PARADIGMA DE REFORMA Y EXPERIENCIA DEL ESPACIO

En el libro *Planen-Bauen-Nutzen* (planificar-construir-utilizar), el Instituto para la arquitectura eclesial y arte sagrado contemporáneo examina 17 centros parroquiales multifuncionales. Todos se han transformado en iglesias. Las etapas de estas modificaciones son las siguientes:

1. El espacio se fue separando poco a poco de los otros espacios comunitarios y acabó por ser usado sólo para el culto.
2. A partir de cierto momento el emplazamiento del altar, del púlpito y del baptisterio ya no se cambió.

3. El espacio del altar se puso en evidencia (por ej., con una alfombra).
4. Se puso una cruz sobre el altar o detrás.
5. Se hizo un esfuerzo por decorar las paredes (por ej. con tapices murales).
6. Se sustituyeron los elementos principales -altar, púlpito y baptisterio- por nuevos elementos en materiales nobles.
7. Se modificó el revestimiento del suelo, con parquet o baldosas.
8. Los cristales transparentes fueron
sustituidos por vidrieras policromadas con motivos figurativos o abstractos.
9. Se añadió un pequeño campanario.
10. Se le devolvió el nombre de "iglesia".
11. El cambio más importante se dio en Baunatal, la ciudad Volkswagen. El centro ecuménico que se distinguía por una gran sobriedad, no fue utilizado ni por la Iglesia católica ni por la protestante. Las dos comunidades se han construido su respectiva iglesia. La forma religiosa se ha puesto de relieve en ambas.

Desearía retener algunas afirmaciones. La justificación de los centros parroquiales multifuncionales, aunque condicionada por la época, no deja de ser una postura teológica. Se trata de la superación de la diferencia entre ámbito sagrado y profano por Jesucristo, de la ampliación del término "culto" y de la sacralización de lo cotidiano. Quiere ser "Iglesia para los otros" y no representación de sí. Esto es así y, sin embargo, las comunidades no aceptaron los centros multifuncionales. Las modificaciones ulteriores mostraron que la comunidad tiene otras ideas, que han llevado a cambios impresionantes, hasta el punto de que los centros multifuncionales no han servido para el culto y han sido sustituidos por iglesias. ¿Qué ha ocurrido?

Usando una fórmula simple, se podría decir que una postura teológica fue corregida por otra antropológica. Las razones que han conducido a las comunidades a modificar su centro multifuncional serían las siguientes:

1. No se acepta la asimilación cualitativa del espacio litúrgico a los otros lugares comunitarios. La comunidad desearía poner en evidencia la función litúrgica dando al espacio litúrgico una especie de inmutabilidad. No se crea así un "eje sacral cósmico" (M. Eliade) ni un espacio de "Jerusalén celestial" en un sentido cristiano primitivo o medieval. El espacio litúrgico debe ser simplemente más noble que los otros espacios.
2. Lo que llama la atención en todas estas modificaciones es encontrar siempre la imagen "iglesia" como telón de fondo. Se añade una cruz, esculturas, un campanario. En la ciudad satélite sin carácter histórico se experimenta la necesidad de enlazar con una tradición histórica, de vincular la Iglesia local a la Iglesia viva desde siglos atrás.

3. El deseo de adquirir una identidad gracias al espacio va ligado a esto. No solamente respecto a los miembros de la comunidad, sino también a la esperanza de la gente no comprometida. Se espera de la Iglesia que ofrezca una posibilidad de identificación por medio de estos espacios.

III. DIFERENCIA ENTRE DISCURSO TEOLÓGICO Y DISCURSO ANTROPOLÓGICO

Estos aspectos antropológicos no han sido tomados suficientemente en consideración en el caso de los centros multifuncionales. ¿Cómo una discusión teológica ha podido desconocer la relación de los hombres con el espacio? ¿Dónde está el error?

Admitamos que en la planificación de un edificio religioso se llega a la constatación de que la Iglesia es ante todo "Iglesia para los otros" y que ha de evitarse una autorrepresentación de la institución. Esta kénosis podría llevar a renunciar a toda decoración y a construir espacios que sean "instrumentos" utilitarios sin una pretensión particular. La idea teológica de despojarse en provecho de los otros es de la más alta moralidad. Pero podría llegarse a consecuencias totalmente opuestas. En una situación concreta, el servicio a los otros podría ser poner color y formas en un ambiente monótono, ofrecer una posibilidad de identificación. La noción teológica de "Iglesia para los otros" exige, pues, una adecuación del espacio que tenga en cuenta la relación del hombre en una situación dada. La aplicación directa de una noción teológica tan justa como se quiera, puede conducir a una solución totalmente errónea.

Otro ejemplo. Se dice que el centro comunitario ha de ser "abierto", para que no haya rechazo y que el que no está eclesialmente comprometido se atreva a entrar. La consecuencia arquitectónica se traduce en el hecho de preferir a las paredes de ladrillo los ventanales, gracias a los cuales se puede ver el exterior durante la celebración. Esto podría ocasionar que la asamblea se distrajera, que el que no está comprometido eclesialmente no pueda encontrar lo que ha venido a buscar y que sea visto por los transeúntes. Si aquéllos a quienes queremos abrirnos buscan una protección y una "atmósfera íntima", los ventanales serían exactamente lo contrario de lo que hay que hacer.

La lección que podemos sacar de estos ejemplos es que el discurso teológico sobre la Iglesia y el mundo, la asamblea y el culto, necesita un discurso antropológico complementario, que tenga en cuenta la relación del hombre con el espacio.

Literalmente, el término "arquitectura" significa la tectura de los archaí, la construcción de un arquetipo. En este sentido, la arquitectura y la vocación de arquitecto podría parecer arcaizante. Esto sería así, si se tratase de reproducir materialmente modelos primitivos o arcaicos, como sería el caso de quien pretendiese expresar los arquetipos con imágenes concretas arcaicas, sugiriendo con ello una "originalidad" que resultaría obsoleta frente a las fachadas acristaladas de los rascacielos, que así intentan desmaterializar su inmensa mole. Pero, aunque la búsqueda de arquetipos (o modelos arcaicos) no sea más que una proyección retrospectiva, orientada hacia el pasado, sí que habría que respetar el postulado que está en la base de todo esto. Lo expresa muy bien Mircea Eliade en su libro *Ewige Bilder und Sinnbilder* (Imágenes y símbolos eternos), en el que estudia la "simbólica del centro". Para él, el "centro del mundo" es un

arquetipo. En el centro, en el plano horizontal, se encuentran los cuatro puntos cardinales y, en el vertical, se sitúa el punto de contacto y de comunicación entre lo alto (los dioses) y lo profundo (el reino de los muertos).

Por diferentes que sean las exposiciones referentes a la simbólica del centro (montaña, árbol, ombligo del mundo, etc.) y la simbólica de la elevación, todas quieren ofrecer una orientación frente a la vida que fluye inexorablemente. Aun cuando no vivimos en un mundo imaginario arcaico y mitológico, tal "memoria" puede estar viva en nosotros: la iglesia, la mezquita, el templo, como una especie de "centro del mundo" donde se comunica Dios de una cierta manera y mediante determinados signos.

Por más que algunos encuentren sospechoso el simbolismo del centro, hay que señalar tres categorías antropológicas ligadas a la arquitectura:

1. El espacio está destinado, ante todo, a ofrecer protección contra la intemperie, las inclemencias y los enemigos de todo tipo. Es, pues, función del hábitat proporcionar a las personas abrigo y protección. Esta función debe ser asumida por los centros comunitarios.
2. Es evidente que los espacios amorfos, indefinibles, no satisfacen. Se exige un conjunto de espacios que, dada la diversidad actual de los procesos de vida, contribuyan a su estructuración.
3. Una escala de valores. Cada decisión arquitectónica la contiene: que un punto dado (altar, órgano) sea puesto en evidencia o no, que haya obras de arte o no, etc. Los que querrían crear un espacio neutro y abierto por los cuatro costados están en un error, en la medida en que cada distribución es un modo de establecer una escala de valores y porque la neutralidad (neutrum: ni una cosa ni otra) es imposible.

IV. EL CENTRO PARROQUIAL BAJO EL ASPECTO "HOMBRE Y ESPACIO"

Los centros multifuncionales suponen experimentaciones complicadas y teorías nuevas. Por esto me ceñiré a las actividades realizadas en los diferentes espacios de los centros multifuncionales. Pretendo traducir las actividades clesiales en formas verbales y considerar los espacios a partir de ellas. En ello influye el sitio, la época y el contexto sociocultural, así como la comprensión fundamentalmente evangélica de la Iglesia.

El fin de un centro multifuncional es la reunión de personas para el culto y las otras actividades parroquiales. En los diferentes sitios del edificio un aspecto distinto de la vida eclesial pasa al primer plano.

Entrada

Así, la entrada se halla bajo el signo de la invitación. Ha de construirse de modo que la gente se sienta movida a visitar el edificio. A lo largo de la historia de la arquitectura sagrada, se ha definido la entrada de modo diferente. Mientras que el nártex de las basílicas del siglo IV constaba de una sala cuadrada con columnas y con una fuente en

el medio, en las iglesias románicas y góticas se representó a menudo el juicio final en el tímpano, encima de la puerta. En el barroco encontramos suntuosas escaleras exteriores que conducen a la entrada. En el contexto actual, no hay por qué indicar ni estructura ni materiales (por ej. vidrio). Lo esencial es que invite a entrar (lugar adecuado y mobiliario acogedor).

El espacio comunitario

El espacio comunitario es donde se desarrolla la vida comunitaria entre semana. Hay centros parroquiales donde se reúnen más de cien personas; otros están vacíos. Hay actividades como comunicación, aprendizaje, ayuda, pintura, etc. Hay que concebir los espacios comunitarios casi exclusivamente bajo un aspecto funcional. La mayor parte de las piezas han de servir para varias actividades. Pero sería deseable que los grupos puedan dejar "señales" de su paso, para que se puedan identificar con un lugar dado.

El espacio cúllico

Desde que la idea de los espacios multifuncionales ha fracasado en su aplicación práctica, la ordenación del espacio cúllico constituye el centro de interés. No hay que volver a los tiempos en que los lugares de culto quedaban aislados. Pero el bar, el grupo de danza, la reunión política no encajan ahí. Distinto es el caso, por ej., de los conciertos de música sacra o de la lectura de autores.

Criticar los centros multifuncionales no significa volver al pre-concilio. Además de las formas litúrgicas, hay cultos de familia, de juventud, y formas espontáneas. A las variantes propias del año litúrgico hay que añadir las diferencias en el número y el carácter de los participantes.

Emplazamiento fijo para los elementos cúllicos principales

Los elementos cúllicos principales (altar, púlpito y baptisterio) han de tener lugar fijo. Antes de decidir el emplazamiento definitivo, hay que pasar por un largo período de pruebas.

1. Altar-liturgia cara al pueblo. El altar es mensa y no ara. Es el sitio en que el pan y el vino, en cuanto cuerpo y sangre de Cristo, son recibidos en la fe. Si exceptuamos las lecturas y la homilía, las partes importantes de la liturgia van ligadas a este sitio. Se vería el carácter acogedor de la santa Cena, si estuviera avanzado en lugar de estar alejado. Recordemos la concepción del Vaticano II: el que preside la Eucaristía, de pie detrás del altar, actúa de cara al pueblo. Durante la cena, los participantes recibirían la comunión rodeando la mesa.

2. Púlpito. Si la homilía se concibe de forma comunicativa y dialogal sobre la base de las lecturas bíblicas y respondiendo a situaciones concretas, sería conveniente colocar el púlpito suficientemente elevado para que haya un contacto visual, pero de forma que predicador y asamblea estén integrados en el mismo espacio. Una elevación excesiva

correspondería a una concepción autoritaria. El que habla lo hace como un hermano, no como un profeta.

3. Bautismo. Dada la costumbre de incluir la celebración del bautismo en el culto principal, habría que escoger un lugar también frente a la asamblea. Cuando se trata de un culto especialmente previsto para el bautismo, una buena solución sería tener sillas movibles.

El resto de la zona litúrgica

Los elementos cúltricos principales, además de ser fijos, han de estar situados unos por relación a los otros formando una zona litúrgica bien delimitada.

1. Los asientos. Hay que echarle imaginación a la organización de los asientos, contando siempre con una cierta movilidad en función del tipo de culto y del número de participantes, que han de sentirse a gusto. En todo caso, la imagen familiar que el fiel que entra en la iglesia espera encontrar no está reñida con una necesaria adaptación. La norma, pues, sería: elementos cúltricos principales fijos y asientos movibles.

2. El órgano. Casi siempre está en un lugar fijo. Con todo, a veces se ha exigido que el órgano y el coro estén situados frente a la asamblea, para expresar así la proximidad de la música respecto al servicio del altar y a la proclamación del Evangelio. Si el lugar se presta, nada impide que la asamblea pueda ver el órgano y el coro. Pero esto no es necesario, como en el caso del predicador. A fin de cuentas, la percepción del órgano es ante todo auditiva, no visual.

3. Obras de arte. Cruz, crucifijo, tapices, cuadros, etc., pueden integrarse en el espacio cultural. Según las confesiones, habrá en las iglesias unos elementos u otros. Notemos solamente que el arte contemporáneo ya no es la ancilla theologiae, como el arte antiguo. Introducir un arte contemporáneo de calidad en el espacio litúrgico supone más compromiso intelectual de lo que uno podría imaginar. Las decisiones exigidas en este punto son muy importantes y de gran alcance.

4. Lugar de silencio. En las grandes ciudades se necesita un lugar de silencio, para hallar la paz del alma y el recogimiento. Hay que esforzarse por definir qué aspecto -qué obras de arte, qué iluminación- ha de tener ese "rincón para la meditación".

¿Es el espacio litúrgico un lugar sagrado?

En definitiva, nos preguntamos hasta qué punto la noción de "sagrado", aplicado al espacio litúrgico, es útil. En su libro *Sakralität und Ergebnisse neuzeitlicher Architekturästhetik* (Sacralidad y logros de la estética arquitectónica contemporánea) Christoph Martin Werner examina el lugar de lo sagrado en la arquitectura sagrada. Es sorprendente su constatación de que "sacralidad" sería un término del latín moderno del siglo XIX, aplicado a la arquitectura de iglesias por Bartning, Cingria, Claudel y otros. Söhngen, por ej., afirma que "un lugar de culto moderno no ha de ser únicamente armonioso y de buen gusto (...), sino que ha de poseer ese "algo más" indefinible que presupone la palabra "sacral"".

Werner demuestra que, con Söhngen y otros defensores del término "sacralidad", se llega a una descripción de la "sacralidad como género característico" ligado a una definición "sensorial". Werner añade que la descripción sensorial es pasablemente "difusa" y que lo que una persona puede sentir como "sagrado" puede ser considerado "no sagrado" por otra.

Que la "sacralidad" -al menos cuando se aplica al efecto producido por un lugar- sea efectivamente "difusa" no quita que haya que exigir una gran calidad arquitectónica para los lugares litúrgicos. Que la arquitectura sagrada y sus múltiples etapas se desarrollen generosamente no es sólo obra del arquitecto y del artista, sino de la comunidad y del Espíritu Santo.

Tradujo y extractó: TEODORO DE BALLE